

HARVEY, David (2014). *Seventeen Contradictions and the End of Capitalism*. Londres: Profile Books. eISBN: 978 1 78283 008 5.

En su nueva obra, *David Harvey* (Reino Unido, 1935, davidharvey.org), uno de los autores marxistas con mayor difusión de la actualidad y autor de obras tan relevantes como *The Limits to Capital* (1982), *The Condition of Postmodernity* (1989) o *A Brief History of Neoliberalism* (2005), pretende lograr un objetivo tan oportuno como complejo: identificar las contradicciones intrínsecas del modo de producción capitalista que permiten comprender su lógica, explicar su funcionamiento y desvelar las causas de sus recurrentes crisis. No tenemos ante nosotros, por lo tanto, un simple manual divulgativo de economía marxista ni un enésimo análisis de la depresión actual, sino un intento de clarificar la verdadera naturaleza del capital más allá de las apariencias.

A partir de una fructífera concepción marxiana de la dialéctica, Harvey se centra en los engranajes ocultos del capitalismo en cuanto modelo de producción y reproducción social sobre la base de su lógica interna de valorización y acumulación. De este proceso intelectual extrae e identifica *diecisiete contradicciones* concretas consustanciales al capitalismo, es decir, diecisiete pares de conceptos o fenómenos que interactúan entre sí, que de algún modo resultan antagónicos y confluyentes al mismo tiempo, y que, finalmente, crean una tendencia no lineal de tensión dinámica que puede dar lugar a una situación crítica de cambio en el sistema capitalista. Estas contradicciones, clasificadas en tres tipos distintos (fundamentales, cambiantes y peligrosas), son objeto de un análisis pormenorizado y, además, se acompañan de una serie de propuestas concretas para su superación, algo que no es tan habitual en este tipo de obras.

La *primera contradicción* sobre la que reflexiona es la distinción entre el *valor de uso* y el *valor de cambio* de las mercancías, es decir, entre la utilidad de un bien como medio para satisfacer necesidades y su valor en términos de otras mercancías, esto es, su precio. En el capitalismo, el valor de uso de los productos del trabajo humano no es más que un medio para realizar su valor de cambio, y no un fin en sí mismo. Lo vemos claro en el ejemplo de la vivienda, que Harvey emplea para explicar el origen y la lógica de las burbujas especulativas, en las que la búsqueda del valor de cambio acaba con la posibilidad de disfrutar de la vivienda como valor de uso.

La *segunda contradicción* tiene que ver con *la naturaleza social del dinero*. El dinero, como medio para socializar los distintos trabajos privados que cada cual realiza en economías mercantiles caracterizadas por la división del trabajo, es esencial, puesto que actúa como elemento que representa y materializa el valor, sustancia inmaterial de las mercancías. Sin embargo, la fetichización del dinero, es decir, su mutación de medio a fin en sí mismo, sirve en última instancia para ocultar el origen social y laboral del valor, lo que hace que dinero y valor sean consustanciales, pero distintos. El proceso histórico de desmaterialización del dinero, especialmente acelerado a partir de la década de los setenta, agudiza esta contradicción y evidencia, de hecho, un doble fetichismo encadenado: por un lado, el que identifica el dinero-mercancía con el valor como su representación material genérica; y, por otro, el que asimila el símbolo monetario sin valor intrínseco con el dinero-mercancía al que representa. Además, esta fetichización crea y alimenta el mito y el misterio del dinero como catalizador de creencias y comportamientos sociales egoístas, socialmente disruptivos y tolerantes con la explotación, la desigualdad y la miseria. Por todo ello, la superación de esta contradicción exigiría la abolición de la ley del valor, es decir, del mercado, sin cuya desaparición no es posible prescindir del dinero.

Al hilo de esta cuestión, Harvey comenta someramente la fundamental contradicción entre el valor de cambio y el precio, cuya diferencia explica solamente por el efecto de la imperfección de la competencia en los mercados, sin entrar de ningún modo en el espinoso problema de la transformación (omisión excusable en un texto relativamente divulgativo

como éste). También recuerda la razón por la que existen mercancías con precio que, sin embargo, carecen de valor (recursos naturales, honor, influencia...). Y de ahí, salta al concepto de capital ficticio, cuya existencia implica una exacción de valor que no puede dedicarse a actividades productivas y cuyos efectos tienen mucho que ver con la actual crisis.

La *tercera contradicción* es la que relaciona *la propiedad privada y el Estado capitalista*, dos conceptos aparentemente antagónicos, pero mutuamente dependientes. Por un lado, es obvio que la supuesta individualidad y libertad que la propiedad privada garantiza (según Hayek) es inviable sin un Estado que la proteja gracias al monopolio legal de la violencia. Por otra parte, existen bienes que, por su propia naturaleza, no pueden ser privados (públicos y comunes) y han de ser procurados por el Estado, so pena de poner en peligro la reproducción del sistema. Además, el propio dinero y, por supuesto, el sistema financiero dependen absolutamente de la protección del Estado (en la figura del Banco Central, fundamentalmente) como garante de su uso y valor, máxime cuando se trata de dinero fiduciario. Y, sin embargo, siempre cabe la posibilidad de que el aparato y del poder del Estado sea (parcialmente) ocupado por fuerzas políticas favorables al trabajo, lo que supone una amenaza para el apoyo que requiere el capital. Por estas razones, Harvey considera que una posible vía hacia el socialismo sería la eliminación del monopolio estatal sobre el dinero, ya que su poder sería enormemente erosionado.

La *cuarta contradicción* surge del proceso de *apropiación privada de una producción crecientemente socializada*. Esta apropiación, ya sea legal o ilegal, tiene su origen en el concepto de la *acumulación por desposesión* que el propio Harvey acuñara en su obra *The New Imperialism* (2003) y cuya base conceptual se desarrolla a partir de la idea marxiana de la acumulación primitiva. Según aquel concepto, las diversas formas que toma la desposesión (privatizaciones, financiarización, gestión de las crisis, redistribución estatal de los ingresos), que incluso son previas a la explotación del trabajo por parte del capital por la vía del plusvalor, se añaden a ésta y agravan la dominación de clase y la desigualdad material. Además, la mercantilización de la fuerza de trabajo, los recursos naturales y el dinero no sólo va en contra de su propia naturaleza y de su uso cultural y social en modos de producción anteriores, sino que está basada en una violencia que acaba convirtiéndose en estructural, como ya afirmara Polanyi.

La *quinta contradicción* es la que enfrenta *capital y trabajo*. Esta contradicción es absolutamente esencial en el capitalismo y clave en la crítica marxista, pero no la única ni tampoco el origen de todas las demás. La explotación y la dominación de la clase trabajadora por parte de la capitalista en el marco del régimen del salariado es consustancial a la existencia de ambas clases sociales. Su resultado material es el plusvalor, es decir, la parte del valor producido por la fuerza de trabajo que no le es pagada en forma de salario y que el capital que la contrata se apropia. Esto conlleva la alienación en el sentido marxiano, es decir, la obligación que tiene el trabajador de entregar una parte de su producto a quien le compra su fuerza de trabajo, lo que perpetúa la estructura de la explotación basada en el poder de la clase propietaria de los medios de producción. El resultado de esta explotación basada en la dominación no puede ser otro que la lucha entre la clase trabajadora y el capital, situación en la que interviene directamente el Estado como garante de la estabilidad del sistema.

La *sexta contradicción* tiene que ver con la *doble naturaleza del capital, como elemento estático y como proceso dinámico*. Obviamente, el capital necesita circular para valorizarse y para poder realizar, así, el plusvalor que encierra, por lo que uno de sus objetivos fundamentales será acelerar el proceso todo lo posible por razones de rentabilidad y competencia. Sin embargo, este proceso aumenta la importancia del capital fijo sobre el

circulante, lo que hace del conjunto del capital un factor cada vez menos flexible, más difícil de adaptar y con plazos mayores de maduración. Por otro lado, el creciente poder de los rentistas sobre los recursos naturales y del capital bancario sobre los activos financieros supone una contradicción entre la inmovilidad del capital fijo y la instantánea movilidad del circulante (fundamentalmente, el capital dinero) que conduce a crisis tan graves como la actual y a los auges y caídas de innumerables ciudades y regiones como centros del capitalismo mundial.

La *séptima contradicción es la mutua dependencia entre producción y realización*. El valor que la producción genera sólo llega a realizarse cuando las mercancías obtenidas son vendidas en el mercado y, obviamente, esta venta depende de la capacidad adquisitiva de los consumidores. El hecho evidente de que la inmensa mayoría de los consumidores sean trabajadores revela la doble naturaleza contradictoria del salario como coste, desde el punto de vista de la producción, y como factor esencial de la demanda efectiva, desde la perspectiva de la realización. A partir de los setenta, después de las dos décadas de expansión posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el papel del salario como factor clave del consumo necesario para dar salida a la creciente producción ha sido sustituido por un enfoque desde la oferta obsesionado con atacar a los asalariados con el fin de disminuir el coste laboral para recuperar las tasas de ganancia. El resultado no sólo ha sido un empobrecimiento de la clase trabajadora, sino que ha empujado al sistema a un aumento exponencial e insostenible del crédito como muleta para sostener el consumo.

Por otro lado, la capacidad de los capitales improductivos (bancario y rentista, fundamentalmente) de apropiarse una fracción creciente del plusvalor creado a cambio de posibilitar su actividad o la de ciertos capitales comerciales situados en posiciones oligopólicas o monopólicas de imponer precios superiores al valor de las mercancías a costa de los fabricantes presiona sobre las ganancias del capital productivo, lo que supone un lastre para su rentabilidad y un acicate para la especulación y la búsqueda de rentas.

La *octava contradicción*, y primera de las que Harvey califica como *cambiantes* es la que tiene que ver con *el uso y el fin de la tecnología*. La tecnología, unida cada vez más íntimamente a la ciencia, pone su capacidad transformadora al servicio del capital y de su lógica del lucro y la explotación, no a la mejora del bienestar material del ser humano. Así, la innovación se convierte en un fin en sí mismo, en un fetiche protegido por los monopolios y con el empuje esencial de los Estados, que la espolean por razones bélicas y de control social. De esta manera, las metas más importantes del desarrollo tecnológico bajo el capitalismo son la maximización de la eficiencia y la rentabilidad por medio de la división del trabajo, la aceleración del proceso productivo y del circuito de realización y el dominio técnico y social sobre la fuerza de trabajo, lo que evidencia que la tecnología es un arma de primer orden en manos del capital en la lucha de clases, puesto que no sólo logra mejorar la productividad para aumentar el plusvalor relativo, sino que resulta funcional para erosionar el poder de la clase trabajadora por medio del paro tecnológico y la consecuente bajada de salarios.

Este uso de la tecnología conduce a otra contradicción que, esta vez, afecta al capital en su conjunto: la sustitución de fuerza de trabajo por medios de producción que la innovación permite, y a la que cada capital se ve obligado por la competencia, reduce las fuentes de plusvalor y, además, afecta a la demanda efectiva. Así, tanto la tendencia a la caída de la tasa de ganancia como las crisis de subconsumo ponen en peligro la continuidad del capital y favorecen la pauperización relativa e, incluso, absoluta, de los ciudadanos, si bien las causas contrarrestantes ya comentadas por autores como Marx o Luxemburg suponen válvulas de escape coyuntural que permiten sucesivas huidas hacia adelante.

La *novena contradicción* está relacionada con la tendencia a la *división del trabajo* característica del capitalismo. Este fenómeno, enfocado obviamente hacia la rentabilidad y la competitividad, permite abaratar el coste de los valores de uso, lo que favorece el consumo, pero a costa de múltiples dislocaciones sociales, psicológicas y organizativas en el mundo del trabajo, ya que cada división supone una fractura potencialmente generadora de antagonismos y conflictos, así como una fuente de alienación para el trabajador, que ve sus tareas simplificadas y parcializadas hasta el extremo. Harvey se detiene en la naturaleza y las consecuencias de dos casos concretos: la división entre hombres y mujeres y la división internacional del trabajo, que distingue la situación de los trabajadores según la posición que su país ocupa en este marco. Éstas y cualesquiera otras divisiones, además de útiles técnicamente, sirven para segmentar y debilitar a la clase trabajadora, al aumentar la competencia entre grupos de asalariados.

Históricamente, la división internacional del trabajo ha sufrido un vuelco radical a partir de los años setenta a raíz de la paulatina desindustrialización de los países centrales. El resultado ha sido una creciente interdependencia internacional y cambios de gran calado en los flujos y canales de ingresos y explotación que han sido profusamente analizados desde perspectivas críticas que, sin embargo, Harvey no comparte (como las teorías de la desconexión).

La *décima contradicción* enfrenta *el monopolio y la competencia*. Según las teorías ortodoxas, la competencia es el motor del capitalismo y los oligopolios y monopolios, simples aberraciones que hay que suprimir para permitir el máximo desarrollo de las bondades del mercado. Pero esto no es más que el mito fundacional de la economía liberal. Lo cierto es que la monopolización no es ninguna excepción, fallo o deformación del sistema, sino el resultado de un doble proceso intrínseco al capitalismo: la centralización y la concentración del capital. Además, el monopolio y la competencia no son polos opuestos, sino dos formas distintas y complementarias de desarrollo del capital que el Estado protege en mayor o menor medida según las necesidades del sistema (de hecho, la misma propiedad privada sobre la que se basa la competencia constituye un monopolio, no sólo individual, sino sobre todo un monopolio de las clases propietarias sobre los medios de producción).

El monopolio tiene sus virtudes, como la mayor capacidad de planificación y financiación o una mayor estabilidad, pero también un poder potencialmente abusivo sobre la competencia, los trabajadores y los consumidores. En el lado opuesto, la competencia monopolística, basada sobre todo en la producción en espacios concretos y marcas susceptibles de reconocimiento y protección legal, es la norma cuando hay competencia, y no la excepción, como indican las teorías convencionales. La drástica minimización de los costes del transporte y las comunicaciones y de las barreras al comercio que han caracterizado las últimas décadas han empujado a los capitales a optar por la centralización global, las fusiones y alianzas corporativas y el uso masivo de la publicidad y el marketing como mecanismos para lograr precios monopolísticos. De esta dinámica surgen grandes capitales financieros internacionales que, apoyados decisivamente por las poderosas instituciones supranacionales, exacerbando las desigualdades geográficas sobre la base de la creación de nuevos núcleos de atracción de capitales y la destrucción de espacios anteriores.

La *undécima contradicción* está relacionada con *el desarrollo geográfico desigual y la producción del espacio*. El capital ha de adaptarse a un medio natural cambiante y, al mismo tiempo, lo moldea según sus propias necesidades en constante evolución. Así, la geografía se convierte en un reflejo de las contradicciones del capital y, con ello, la necesidad de acelerar los procesos determina enormemente la producción de los espacios. El resultado es una división internacional del trabajo radical (deslocalizaciones, economías de aglomeración),

sobre todo dentro de cada multinacional, dada por la diferencia de costes unitarios entre distintas áreas. Esto incrementa la desigualdad entre regiones por el atractivo y la capacidad de las zonas prósperas y la decadencia e impotencia de las deprimidas, aunque este proceso tiene límites infranqueables (contaminación, aglomeración, precios y rentas crecientes, costes administrativos al alza, salarios en ascenso, etc.). La necesidad constante de encontrar nuevos espacios de rentabilidad para el capital excedente añade tensión a esta dinámica y supone un foco de conflictos políticos y de clase en el que el Estado participa tratando de atraer capitales a costa de la degradación de las condiciones de trabajo y de la pérdida de soberanía, cuestión a la que contribuyen decisivamente los procesos de integración regional. En todo caso, las desigualdades y el desarrollo contradictorio de las distintas regiones es una vía imprescindible para el progreso del capital, que ha de buscar constantemente nuevos espacios de valorización ante la inevitable decadencia de los ya explotados.

La *duodécima contradicción* es la *desigualdad económica*. Aunque no se trata de un fenómeno exclusivo del capitalismo, lo cierto es que resulta imprescindible para su funcionamiento y es consustancial a su lógica. Por una parte, el beneficio surge del plusvalor y éste, de la explotación y la dominación de clase, fenómenos incompatibles con la igualdad. Para garantizar la ganancia, el capital necesita limitar o degradar los salarios, ya sea en términos reales o relativos, lo que conduce necesariamente al aumento de la desigualdad entre clases sociales, que es el núcleo de toda desigualdad en el capitalismo. Además, el ejército industrial de reserva y el paro, como elementos imprescindibles para garantizar la sumisión del trabajador y la contención salarial, son una fuente permanente de desigualdad. Las teorías ortodoxas justifican esta evidencia afirmando que, en tanto es el capital el que genera empleo mediante la inversión, se debe favorecer su enriquecimiento aun a costa del trabajo para asegurar tasas aceptables de ocupación, escamoteando el hecho innegable de que el capital sólo crea empleo cuando le resulta rentable y que, en caso contrario, se atesora o se dedica a la especulación improductiva.

Aunque sea capaz de funcionar con estructuras distributivas muy distintas (EE.UU. y Suecia, por ejemplo), el capitalismo tiende a agravar las desigualdades, como muestra el periodo iniciado en la década de los setenta y que, sobre todo, a partir de la crisis lanzada en 2007, ha agudizado este problema en todo el mundo, sobre todo en los grupos extremos dentro de la estructura distributiva. La razón fundamental ha sido el ataque frontal del capital al salario en su afán por recuperar las tasas de ganancia, a lo que se añade el fenómeno de la financiarización, que permite al capital (y lo obliga por la competencia) a moverse más rápidamente en busca de beneficios más inmediatos y al tensar, así, la explotación.

Los únicos factores contrarrestantes de esta tendencia son la lucha de la clase trabajadora y, en ciertos casos, la intervención del Estado, que trata de salvar al sistema de su inmolación cuando la desigualdad es tan excesiva que, antes o después, acaba impidiendo la realización al limitar la demanda efectiva, lo que ralentiza la reinversión y estimula las crisis.

La *decimotercera contradicción* está relacionada con la *reproducción social y la educación*. En el seno del capitalismo, se dan dos necesidades de reproducción contradictorias entre sí: la del trabajador y la del capital. La primera exige la limitación de la explotación física y la supervivencia biológica; la segunda exige el plusvalor. La tendencia a procurar una cierta formación y bienestar material del trabajador responde tanto a las necesidades técnicas del capital, que precisa una fuerza de trabajo viva y capaz de manejar la tecnología, y las intenciones del reformismo garante del sistema, que intenta refrenar los accesos revolucionarios procurando un cierto nivel soportable de vida que, además, facilite el aburguesamiento de los asalariados. Es en este marco en el que la educación, y especialmente

la pública, se destaca como medio para asegurar una adecuada canalización de los deseos de aprender de la clase trabajadora que garantice sumisión a la lógica del sistema y una limitación fuerte al pensamiento crítico y alternativo. Por otro lado, el afán por mejorar la productividad hace que el capital y el Estado den cada vez mayor importancia a la educación, aunque siempre en un sentido técnico y productivo, no humanista ni emancipador. A partir de los setenta, la tendencia a la privatización de la educación supone un cambio en la relevancia que el capital da a la educación desde su faceta superestructural a su simple carácter de negocio potencial, lo que supone un claro peligro de desestabilización social.

Al hilo de esto, Harvey realiza una crítica sencilla, aunque irreprochable, de la teoría del capital humano desarrollada por Becker en los sesenta. Asimismo, analiza la mercantilización de todas las actividades de reproducción social antes satisfechas en el ámbito personal y el endeudamiento creciente que conllevan en un escenario de depresión salarial para, a partir de ahí, poner en tela de juicio la supuesta liberación que procurarían la tecnificación de las viviendas o la pretensión de cobrar un salario por las actividades domésticas.

La *decimocuarta contradicción* enfrenta *la libertad y la dominación*. Por un lado, la libertad que el capitalismo supuestamente pretende está deformada, degradada y encorsetada por los límites culturales, educativos y mentales que establece la superestructura impuesta por el capital. Por otra parte, el capitalismo global emplea el concepto abstracto de libertad como justificación fraudulenta de su naturaleza imperialista, como en el caso de la política neocolonial de EE.UU. y la lucha de los países centrales contra los movimientos revolucionarios y de emancipación. En todo caso, la contradicción esencial, ya revelada brillantemente por Polanyi, se da entre la necesidad de dominación de clase que el capitalismo debe imponer por su propia naturaleza explotadora y la libertad que se supone que persigue y que, en realidad, no es otra que la del capital para controlar sin trabas al trabajo, puesto que la libertad del asalariado no es sólo para vender su fuerza de trabajo a quien quiera, sino, sobre todo, para caer en la miseria si no logra hacerlo. Así, la libertad del capital descansa en la falta de libertad de los trabajadores, ya que, como afirmaba Marx, entre una y otra, la fuerza decide. Un ejemplo de esta evidencia es el paro, fenómeno opresor y limitador de la libertad como pocos y que, por ello, forma parte esencial del funcionamiento del sistema.

Sobre esta base, Harvey critica la idea de desarrollo en libertad de Amartya Sen como otra versión de la clásica utopía del humanismo liberal que considera fallos manejables las contradicciones del capitalismo y no pone en duda las bases del sistema, de manera que sirve como base ideológica de la filantropía capitalista actual de las ONGs (el charitable-industrial complex de Peter Buffett), tan voluntarista como hipócrita en sus resultados, tan humanitaria como útil para encontrar nuevos espacios de ganancia y abrir oportunidades para el crédito.

La *decimoquinta contradicción*, y primera de las que Harvey concibe como *peligrosas*, es el *crecimiento exponencial ilimitado* que el capitalismo exige y cuya imposibilidad material es ignorada por la fe inquebrantable del sistema en su propia providencia y en los avances de la tecnología. Es esencial entender aqué que el capitalismo es incompatible con una tasa de crecimiento decadente o nula por una razón obvia: el origen del beneficio está en el excedente de valor creado durante el proceso de producción, por lo que el crecimiento cero es inviable en un régimen económico para el que la ganancia es su razón de ser. Sin embargo, tasas compuestas de crecimiento unidas a ritmos cada vez menores de aumento de la productividad y la rentabilidad generan dos graves problemas para el capital: cómo obtener ganancias y dónde invertir las ganancias obtenidas. La primera cuestión la afronta lanzándose a la búsqueda de rentas extractivas, réditos financieros y beneficios especulativos en lugar de emprender actividades productivas de valor y plusvalor. La segunda hace que existan masas

enormes y crecientes de capital dinerario en pos de espacios de rentabilidad que sobrevuelan todas las economías al acecho de oportunidades de ganancia rápida, creando un escenario de crisis, devaluaciones y especulaciones potenciales de calado planetario.

Ni la supuesta financiarización ni las estrategias del neoliberalismo pueden superar esta contradicción. Por un lado, la forma más desmaterializada del dinero y el capital no puede garantizar de ninguna manera un crecimiento exponencial ilimitado, puesto que, a fin de cuentas, no hace sino representar el valor producido por la sociedad. Y, por el otro, la desvalorización de la fuerza de trabajo, las privatizaciones masivas, la mercantilización radical y la expansión del consumo tienen unos límites físicos y económicos infranqueables. Al hilo de esta cuestión, Harvey critica frontalmente las teorías sobre la nueva economía (Debord, Toffler, Hardt y Negri) según las cuales los avances en las telecomunicaciones y la informática permitirían un tipo de capitalismo basado en el conocimiento capaz de superar esta contradicción.

La *decimosexta contradicción* se refiere a la *relación del capital con la naturaleza*. La presión del capital sobre la naturaleza en forma de sobreexplotación y contaminación es evidente e insostenible. Sin embargo, Harvey trata de matizar este tipo de argumentos no siempre ajenos al simplismo. En primer lugar, recuerda que el capital ha resuelto (o pospuesto) muchas veces a lo largo de la Historia el problema del medio ambiente y que, además, las previsiones agoreras nunca se han mostrado acertadas (Malthus, Ehrlich). En segundo lugar, Harvey recuerda que el capital no es un ente ajeno al medio ambiente, sino que ambos actúan dinámica y dialécticamente, de modo que el capitalismo es en sí un ecosistema y modifica (y hasta crea) el medio ambiente natural como lo hace cualquier intervención humana, aunque con una lógica muy concreta. En tercer lugar, destaca que el capital ha convertido la protección del medio ambiente en un negocio, lo que no garantiza ningún efecto positivo real, pero sí estimula la inversión en este campo. Además, los desastres medioambientales (que no naturales, puesto que los factores que en mayor medida los determinan suelen ser de carácter económico y social), por catastróficos que sean, resultan en oportunidades de negocio para ciertos sectores del capital, a menos que produzcan revoluciones anticapitalistas, algo independiente de los movimientos ecologistas, que no suelen poner en duda la lógica del sistema.

En definitiva, la naturaleza es para el capital una reserva de valores de uso susceptibles de ser convertidos en valores de cambio. Esto permite la creación de una clase rentista que, en lugar de explotar el trabajo, explota la naturaleza y se beneficia de rentas monopólicas extractivas en muchos casos. El problema real se da cuando el crecimiento exponencial llega a un punto insoportable para el medio ambiente, sobre todo porque los daños medioambientales sólo se pueden resolver a largo plazo y, algunos, son irreversibles. Pero, si el problema medioambiental es endógeno en el sistema capitalista, entonces también cabe la posibilidad de que el propio capitalismo, en aras de su supervivencia, opte por tomar medidas para paliarlo o resolverlo.

Por fin, llegamos a la *decimoséptima y última contradicción* identificada por Harvey: *la alienación universal y la rebelión de la naturaleza humana*. Las dieciséis contradicciones anteriores podrían ser superadas por el capital, pero a un coste insoportable para el ser humano, puesto que su bienestar y desarrollo no entran a formar parte de la ecuación del sistema. Por eso, ante situaciones de crisis como la actual, los componentes fascistas de control y represión avanzan rápidamente en las sociedades capitalistas, aunque se disfracen de democracia liberal. Por lo tanto, la humanidad necesita abolir este sistema económico por el único medio posible: la revolución. Pero para ello no sólo es necesario un movimiento

político destructivo potente, sino un debate amplio y profundo sobre qué modo de producción construir en su lugar, algo que no se está haciendo. Las aproximaciones parciales son precisas, sí, pero no dan cuenta del cuadro completo e interconectado de contradicciones y no propone un escenario postcapitalista.

El catalizador más importante para llegar a la necesaria revolución es la alienación que afecta cada vez más a los seres humanos. Alienación en el trabajo, donde la mecanización, lejos de mejorar la satisfacción y reducir el tiempo de trabajo, aumenta la precariedad, alarga la jornada laboral y embrutece a los asalariados, impidiéndoles disfrutar de tiempo libre para desarrollar sus potencialidades y acceder a un pensamiento crítico alternativo; y alienación en el consumo, para lo que se inocular la insatisfacción y el ansia permanente en la mente de los ciudadanos, creándoles necesidades y estimulando un consumismo patológico con el único fin de dar salida a la producción que garantiza las ganancias del capital. Sin embargo, la verdadera dificultad está en que los ciudadanos lleguen a reconocerse como víctimas de esta alienación, habida cuenta de su inserción estructural en todos los aspectos de la vida y su hegemonía como lógica de funcionamiento social, y en convertir la indignación resultante en un movimiento coherente de oposición anticapitalista.

La conclusión a la que llega Harvey es que, para acabar con el capitalismo, se hace necesario un *humanismo revolucionario*, es decir, un modo de pensamiento y acción destinado a cambiar el mundo y a nosotros mismos con el fin de liberarnos de la alienación. Harvey reconoce la tradición religiosa y laica de esta concepción y, también, sus incongruencias y perversiones anteriores, como el antropocentrismo, el imperialismo y, sobre todo, el hecho de que el humanismo tradicional no comprende su propia contradicción fundamental: la que contrapone libertad y dominación. Por esa razón, el humanismo tradicional, transmutado en la actualidad en forma de filantropía y ONGs, se ha convertido en una suerte de humanitarismo sin fundamento, una forma de lavar conciencias. Así, Harvey aboga por pasar del humanismo tradicional al revolucionario, es decir, al anticapitalismo que permita acceder a otro mundo y a otra conciencia y que, según Frantz Fanon, no es posible sin el concurso de la rebelión violenta, dada la violencia estructural que el propio capitalismo impone sistemáticamente a la población para garantizar su dominación. Hoy en día, la represión contra los movimientos potencialmente revolucionarios sigue siendo total y totalitaria, por mucho que se escude en el mito de la democracia liberal. En todo caso, la creciente agitación y las múltiples revueltas de todo tipo quizá sean el prelude de revoluciones a gran escala sobre las que recae la esperanza de un mundo mejor.

En nuestra opinión, estamos ante una obra que, si bien adolece de un cierto desorden a la hora de categorizar y diferenciar los elementos que propone y se limita a una exposición más bien divulgativa de la crítica marxista, no deja de ser un lúcido y meritorio intento que revela (y se rebela contra) las contradicciones que subyacen al modo de producción capitalista. Como tal, resulta del máximo interés para quien quiera profundizar tanto en la comprensión de la lógica de funcionamiento del capitalismo y del mecanismo de su crisis recurrentes como en el siempre fructífero e imprescindible campo del análisis marxista.

Mario del Rosal Crespo

mariodelrosalcrespo@pdi.ucm.es

*Doctorando en Economía por la Universidad Complutense de Madrid.
Socio fundador del Instituto Marxista de Economía y profesor del Diploma “Análisis crítico del capitalismo (El método marxista y la economía mundial actual)”.*